

CAPITULO V.

SUCESOS ESTERIORES.

PORTUGAL, PARMA, ROMA.

RETIRADA DEL PRINCIPE DE LA PAZ.

1797.—1798.

Pensamiento de Napoleon y causa de no haber invadido la Inglaterra.—Niégase Portugal á ratificar el tratado con Francia.—Oficios de Carlos IV. para evitar un rompimiento entre Francia y Portugal.—Solicitud de Carlos IV. para mejorar la suerte de su hermano el duque de Parma.—Carácter y comportamiento de este príncipe.—Estériles protestas del gobierno francés.—Ofrecimiento del título de Gran Maestre de Malta al príncipe de la Paz, y motivo para no aceptarle.—Revolucion democrática en Roma.—Conducta del embajador francés José Bonaparte.—Idem del embajador español don José Nicolás de Azara.—Activa intervencion de este ministro.—Roma invadida por un ejército francés.—Proclamacion de la república romana.—Conflicto del papa Pio VI.—Consuelos y auxilios que le presta el ministro español.—Es trasportado el pontífice á Toscana.—Insurreccion en el barrio de Transteveri.—Horribles escesos, saqueos y rapiñas de los generales y gefes franceses en Roma.—Sublevacion del ejército francés contra el vandalismo de sus gefes.—Sale Azara de Roma, y visita al pontífice en Siena.—Mediacion intentada por Carlos IV. con el Directorio en favor del papa.—Envíale socorros, y personas que le acompañen.—Proposicion y dificultades para traer al pontífice á España.—

• Causas que prepararon la caida del príncipe de la Paz.—Dónde se ha pretendido encontrarlas.—Motivos políticos que la produjeron.—Desconfianza y prevencion del Directorio contra el ministro español.—Quejas del príncipe contra el gobierno francés por los asuntos de Parma, Roma y Portugal.—Síntomas de manifesto desacuerdo.—El Directorio se niega á reconocer como embajador de España al conde de Cabarrús.—Es nombrado Azara.—Consejos de Cabarrús al príncipe de la Paz.—Venida á Madrid del embajador Truguet.—Sus trabajos para la separacion del príncipe.—Ayúdalo los enemigos personales del ministro.—Dimision del príncipe de la Paz.—Decreto honroso de su relevo.—Reemplázale don Francisco Saavedra.

La paz de Campo-Formio, y la diferente situacion en que con ella quedaban las principales potencias de Europa, necesariamente habia de influir en la suerte de las que, como España, se hallaban empeñadas y comprometidas en aquella gran lucha.

Ciertamente si Bonaparte al frente del grande ejército francés que ya se denominaba *ejército de Inglaterra*, hubiera realizado el proyecto del Directorio, en cuya ejecucion todo el mundo pensaba, de hacer un desembarco en aquella nacion protegido por las escuadras francesa, holandesa y española, Inglaterra se habria visto en grande aprieto, y habria sido un beneficio inmenso para España en su lucha con aquella potencia. Pero el vencedor de Italia, sin renunciar ostensiblemente á aquel pensamiento, sobre el que estaban fijas las miradas de todos, meditaba y preparaba en silencio otro muy distinto, no menos grandioso que aquél, y que por lo original é inesperado habia de sor-

prender al mundo, á saber, el de la célebre expedición á Egipto, que con tanto asombro de las naciones y tanta gloria suya llevó á cabo después. En su virtud encontró razones y medios para diferir y suspender la invasión de Inglaterra, que según su propósito, y no obstante todas las apariencias, no se verificó.

Ocurrió en este tiempo una cuestión que pudo haber traído graves consecuencias, y en cuya solución cupo una parte muy principal al gobierno español. La corte de Portugal, que, como dijimos, había ajustado un convenio con Francia después de los preliminares de Leoben; aquella corte, que debía al tierno interés de Carlos IV. por sus hijos y á la generosa intervención de España el que no hubiera sido invadido y ocupado el reino por los ejércitos españoles y franceses combinados, como el Directorio quería, en castigo de su alianza con Inglaterra; aquella corte, que debía á la mediación de España (llevando acaso el rey su afecto de familia mas allá de donde convenia á los intereses nacionales), no solo el haberse libertado de una conquista que tal vez habría convertido el reino lusitano en una provincia española, sino tambien el haber arreglado con la Francia un tratado con condiciones harto mas ventajosas de las que la república constantemente había exigido ⁽¹⁾; aquella corte se negaba obs-

(1) Diferentes veces había ya tratado la república de enviar contra Portugal un cuerpo de treinta ó cuarenta mil franceses, y siempre Carlos IV. trabajó por disipar la tormenta que amenazaba al vecino reino, hasta que consiguió que se ajustara el tra-

tinadamente á ratificar el convenio hecho con Francia, con intervención de los ministros españoles. En vano el príncipe de la Paz detuvo en Madrid el correo que llevaba á París la nota del gobierno portugués; en vano hizo presente al ministro Pinto el riesgo que con esta conducta corría de que viniera sobre Portugal atravesando por España un ejército francés, que en efecto se hallaba reunido en Perpiñan. Desagradecido el portugués á este servicio, volvió á expedir otro correo á París con la misma negativa, ó por lo menos proponiendo nuevas condiciones inadmisibles y contrarias al tratado, tal como la de que se permitiera fondear en los puertos de Portugal hasta veinte y dos navios ingleses, en vez de los seis en que ántes se había convenido, lo cual equivalía á permitir constantemente una armada enemiga dentro de la península.

Al fin, merced á los manejos de toda especie empleados por el gobierno y el embajador español cerca del Directorio ejecutivo, altamente enojado con semejante proceder ⁽¹⁾, pudo recabarse, aunque con tra-

tado de que llevamos hecho mérito.—Correspondencia del marqués del Campo, embajador en París, con el príncipe de la Paz.—Cartas del general Perignon, embajador de la república en Madrid.

(1) Manejos de toda especie decimos; y en efecto, los hubo de tal índole que produjeron resultados funestos, y aun pudieron serlo mucho más. Parece que entre otros medios se apeló al de intentar el soborno de algunos directores y ministros, de los cuales se cita á Barrás y Talleyrand; mas no se guardó tanta reserva que no se apercibiese de ello el Directorio, el cual justamente irritado hizo prender al enviado portugués Araujo de Acabedo, á quien no reconocía ya carácter alguno diplomático, y encerrarle en la prisión del Temple, sin consideración á hallarse enfermo en cama. Se trató de for-

bajo, del gobierno de la república que consintiera en que se ajustase un nuevo tratado en Madrid; á cuyo beneficio ya no pudo ser indiferente la corte de Lisboa, y en agradecimiento dió al príncipe de la Paz el título de conde de Evora-Monte, suponiendo que esta distincion seria grata á su soberano (4). Urgía hacer este arreglo, si se habia de parar el golpe que amenazaba al reino portugués segun las alarmantes comunicaciones y noticias que se recibian del conde de Cabarrús. Asi Carlos IV. no perdonó momento ni medio para ver de llevarle á cabo, logrando que se renovase el tratado anterior, con algun aumento de dinero, á cuyo fin se pusieron en París dos millones de libras. Pero el Directorio se negó ahora á la ratificacion, como ántes se habia negado el gobierno portugués.

No menos oficioso y solícito se mostró Carlos IV. por mejorar la suerte de su hermano, el juicioso, el modesto y desinteresado duque de Parma, cuya prudente conducta durante la guerra de Italia habia elogiado muchas veces Bonaparte, el cual en varias ocasiones le habia felicitado por ella y recomendado al

marle un proceso criminal, pero al fin se logró evitar este ruidoso procedimiento, del cual no habria salido bien librado, si es cierto que entre los papeles que se le ocuparon se hallaban pruebas de su delito.—Carta de Cabarrús al príncipe de la Paz, de París á 46 de enero de 1798, citada por Murriel, Historia MS. del reinado de Carlos IV. libro IV.

(4) «Quizá tambien contribuiria para esta distincion (añade Murriel) el parentesco que el favorito de Carlos IV. acababa de contraer entonces con la familia real de España y Portugal por su casamiento con la hija mayor del infante don Luis, motivo suficiente para que el príncipe regente le concediese esta honra.»

Directorio. Pero las mudanzas y trastornos de los Estados de Italia, y el peligro continuo en que ponía á los de aquel príncipe su contigüidad á la república Cisalpina, hicieron pensar en darle por vía de indemnizacion otros estados mas tranquilos y seguros, y mas apartados de aquel foco de inquietud y de alarma, designándose mas especialmente las islas de Cerdeña y de Córcega. Largas negociaciones mediaron sobre este asunto entre el gobierno de la república y el de Carlos IV. Mas por una parte el modesto príncipe se pegaba á todo cambio, siquiera fuese ventajoso, á trueque de no separarse de sus amados vasallos, ni abandonar sus dominios patrimoniales, en lo cual se mostraba inflexible, aunque le costase renunciar á toda autoridad y reducirse á la vida privada (4). Por otra parte la negativa del gobierno español á ceder la Luisiana y la Florida que el de la república pedía como recompensa de aquella indemnizacion, y la política poco desinteresada y franca del Directorio ejecutivo, de

(4) «Si se recurre á la fuerza para desposeerme de mis Estados (decía al embajador español en París marqués del Campo, despues de asegurarle que si para aumentar sus dominios era menester renunciar á los que tenia, no queria nada), estoy resuelto á dejar la autoridad y fijarme en donde Dios me dé á entender. El mundo me tendrá entonces por desgraciado, mas lo seré tan solo en la apariencia, quedando en mi corazon el consuelo inefable de tener despues de mi muerte la recompensa que un Dios justo no puede menos de conceder á quien lo ha abandonado todo por cumplir con sus obligaciones. Tal es mi resolucion invariable, la cual no nace de fines ocultos, ni del hábito de vivir en el pais de mi nacimiento, puesto que estoy pronto á abandonarlo todo, cierto de la aprobacion de Dios y de los hombres; mucho mas de lo que lo estuviera si trabajase por adquirir, y adquiriese con efecto el imperio del mundo.»

que con razon se quejaba ya el príncipe de la Paz ⁽¹⁾, vinieron á frustrar aquellas negociaciones.

Sucesos posteriores hicieron mas triste la situacion de aquel buen príncipe. Sus estados se vieron bruscamente invadidos por las tropas de la república cisalpina, que plantaron en ellos el árbol de la libertad, y llevaron su audacia hasta arrancar de los parages públicos las armas é insignias de la soberanía, haciendo poner á aquellos habitantes la escarapela tricolor, y tratándolos en todo como si fuesen ya súbditos de la nueva república. La intervencion de Carlos IV. y sus reclamaciones á la Francia sobre agresion tan inmerecida é injusta no produjeron sino una respuesta tibia del ministro Talleyrand. Ya el infante de Parma, por no sufrir semejantes insultos y atropellos, deponiendo su anterior inflexibilidad, se allanaba á admitir la compensacion propuesta. Pero la oportunidad habia. pasa-

(1) Respondiendo el ministro español á una nota del embajador francés Perignon, le decia entre otras cosas, aludiendo á la reserva que observaba de parte de su gobierno respecto á sus planes sobre los Estados italianos: «Nada ha ignorado la Francia de la España, y nada ha sabido la España de la Francia. Hasta ahora no ha recibido aquella ventaja alguna de su alianza, y la Francia no ha proyectado especulacion á que España no haya concurrido..... S. M. Católica no cederá aquellas provincias (la Luisiana y la Florida), mientras no asegure su reino y resarza á sus vasallos. Su honor se compromete, y yo seria un débil ministro, si no me interesase en darle todo el lustre de que es merecedor. El señor Infante se contentará con sus Estados si no pueden estendersele. Todo viene á quedar como se estaba. menos la España que se halla despojada de una posesion la mas esencial de sus Américas (la Trinidad). Dia vendrá en que la recobre, y el gobierno francés pudiera adelantarle esta feliz época, si fuese menos reservado con las cortes que son sus amigos.»

do: un cuerpo de tropas francesas entró en sus dominios exigiendo ser mantenido á su costa. Todos los esfuerzos de Carlos IV. por sacar á su hermano de tan embarazosa situacion, y sus instancias y recomendaciones al gobierno francés no dieron otro resultado que protestas estériles de amistad, y ofrecimientos que no podian traducirse de ingénuos.

Otro tanto, poco mas ó menos, aconteció con el negocio de la isla de Malta que se trató tambien con España por aquel tiempo. Halagada la imaginacion de Bonaparte con su proyectada espedicion á Egipto, y fijo su pensamiento en ella, conveníale para su fin hacerse dueño de Malta, acabar de dominar el Mediterráneo y ejecutar mas espeditamente su proyecto, teniendo allí una base de operaciones. Mas ni la Francia podia alegar un pretesto honroso para romper con los caballeros de la órden, que habian socorrido muchas veces á sus marinos, ni la situacion de su tesoro le permitia hacer los sacrificios que tál empresa exigía. Discurrió pues el Directorio excitar á Carlos IV. á que la hiciera de su cuenta, suponiendo que el proyecto halagaría al príncipe de la Paz, de quien decia el ministro de Relaciones estrangeras de La-Croix que hacia tiempo le constaba deseaba ser gran maestro de la órden de Malta; asi se lo propuso por medio del embajador de la república Perignon, y aun envió á Madrid con la misma mision y propuesta al conde de Cabarrús, diciendo que brindaba ocasion

oportuna la circunstancia de hallarse moribundo el gran maestro don Frey Manuel de Rohan, y que con vendria mucho que el sucesor fuese un español, y no un alemán, como se pretendía.

Pero el príncipe de la Paz, sospechando sin duda que la intencion del Directorio fuese la de separarle con este pretexto de la direccion de los negocios en España ⁽¹⁾, respondió entre otras cosas, que ni su estado, ni sus obligaciones á los reyes, ni la cortedad de sus talentos para manejar los negocios desde aquel punto le permitian aceptar el título de gran maestro, á menos que sin separarse de su destino, sin contraer un voto solemne de castidad renunciando al matrimonio, y sin que los objetos del establecimiento variasen, pudieran conciliarse las ideas de la república con las de S. M., que eran las mismas; y que no era el tratamiento ni los intereses los que le movian á obrar así, puesto que no habia admitido otras condecoraciones de mas consideracion que le proporcionaba el rey su amo ⁽²⁾. Entonces no era conocido todavía en España el proyecto de Bonaparte sobre Egipto. Mas la idea del gran maestrazgo, junto con la indicacion de Godoy de alterar la constitucion de la orden en el punto esencial del celibato, y la circunstancia de haber precedido esto algunos meses solamente al matri-

(1) Asi lo manifiesta él en nota al capítulo 40 del tomo III. de sus Memorias.

(2) Muriel inserta esta contestacion en el libro IV. de su Historia MS. de este reinado.

monio del príncipe de la Paz con la hija del infante don Luis (setiembre, 1797), ha hecho sospechar á algunos que el designio de Cárlos IV. fué el de hacer compatible el estado conyugal de su favorito con la alta dignidad á que le destinaban ⁽¹⁾. Fuese de esto lo que quisiera, otros obstáculos concurrieron tambien á impedir que se realizara la conquista de Malta por España, y por consecuencia la investidura del maestrazgo de la orden para el príncipe de la Paz.

A poco tiempo de esto ocurrió otro suceso de mucha mas trascendencia, uno de los mas ruidosos que produjo la revolucion francesa, de los mas graves que podría presenciar el mundo, y en que el gobierno español interpuso una mediacion noble, aunque menos eficaz y fructuosa de lo que hubiera deseado.

Tras la descomposicion y el trastorno general que acababan de sufrir los Estados italianos, vencidos los ejércitos imperiales por los de la república, y entabada la accion del Austria en Italia por la paz de Campo-Formio, la vista menos perspicaz alcanzaba á

(1) Don Andrés Muriel afirma haber oido de boca del mismo don Manuel Godoy que el rey le dijo con este motivo las siguientes palabras: «Yo haré que puedas presentarte con honra á desempeñar la alta dignidad á que te destinan.» Cuyas palabras se referian al pensamiento de enlazarle con su propia familia.—Lo que parece inferirse más de la contestacion del ministro es que el enlace estaba ya acordado antes de la propuesta de la dignidad. Añade el mismo escritor: «Pero tenemos por muy verosímil que, aun sin que hubiese habido tal proyecto de soberanía, la reina hubiera pensado en elevar á su amante, y habria promovido este enlace.» Esto, que confirma nuestro juicio, no parece estar muy en armonia con el que dos líneas ántes ha emitido el citado historiador.

ver el peligro inminente que amenazaba al gobierno pontificio, y la dificultad de sostenerse en medio de los sacudimientos revolucionarios que á su vecindad acababan de verificarse. La Marca de Ancona se habia sublevado ya á sugestion de la república Cisalpina, y constituídose ella misma en república Anconitana. Por el tratado de Tolentino Roma habia tenido que desprenderse de sus mas preciosas alhajas para pagar las contribuciones que le fueron impuestas, lo cual habia producido no poco descontento en el pueblo romano. Anciano y achacoso el papa Pio VI., el gobierno participaba de la debilidad personal del pontífice. En la capital del orbe cristiano se habian infiltrado como en todas partes las ideas republicanas, y aunque todavía se habian apoderado de pocas cabezas, habian contagiado las de una buena parte de la juventud aristocrática, ligera de suyo, amiga de la novedad y dada á la imitacion, y las de una parte del pueblo ignorante que columbraba vagamente y se dejaba fácilmente inspirar esperanzas de medro con cualquier trastorno; lo bastante para constituir dentro de la misma Roma un fermento revolucionario. El poder espiritual y temporal reunidos en la Santa Sede formaba una especie de antagonismo con el principio democrático y de libertad religiosa, política y civil, que simbolizaba la revolucion, y que profesaba el Directorio ejecutivo de Francia, singularmente el director Larevellière-Lepaux, fundador de la secta religio-

sa de los *Theophilantropos* (adoradores de Dios y amigos de los hombres).

Hallábase de embajador de la república en Roma José Bonaparte, hermano de Napoleon, el gran trastornador de Italia; y aunque este general, casi omnipotente en aquellos países, parece haberse mostrado en el principio contrario al pensamiento de establecer un gobierno representativo en los Estados del papa, mudó después de opinión, puesto que escribia á su hermano: «Si el papa muriese, harás cuanto sea posible por que no se nombre otro, y para que haya una revolucion.» Y el Directorio decia al victorioso general (21 de octubre, 1797): «Por lo que hace á Roma, el Directorio aprueba las instrucciones que habeis dado á vuestro hermano el embajador José Bonaparte sobre que impida que se nombre un sucesor de Pio VI. La coyuntura no puede ser mas oportuna para fomentar el establecimiento de un gobierno representativo en Roma, y para sacar á Europa del yugo de la supremacía papal.» Con estos elementos fácil es calcular los pocos con que el pontífice contaba para resistir una invasión. Sin embargo, José Bonaparte no solo no fomentaba los intentos revolucionarios en que querian comprometerle á él mismo los acalorados jóvenes de Roma, instigados tambien por los artistas franceses que alli residian, sino que procuraba contenerlos, diciéndoles que no tenian fuerza para un movimiento decisivo, y que se perderian y comprometerian la

Francia, que los dejaría abandonados á las consecuencias de su imprudencia. Y por otra parte el gobierno pontificio, saliendo algo de su habitual indolencia, tomó algunas medidas de seguridad, dobló las patrullas de noche, y puso los esbirros en campaña: providencias ineficaces y tibias, que dieron á los conspiradores idea de que eran temidos, y los hicieron mas osados.

Acabó de alentarlos la llegada del general francés Duphot, prometido de la señorita Desirée, hermana de la esposa del embajador, y republicano ardiente, que acababa de promover una esplosion revolucionaria en Génova en los pocos dias que allí se habia detenido. Con esto, el 28 de diciembre (1797) un grupo de aquellos se dirigió al palacio Corsini que habitaba Bonaparte, á intimarle que se uniese á ellos para destronar al papa y dar la libertad al pueblo romano. Despidiólos el embajador reprendiéndoles su temeridad; y como al volver tropezasen con patrullas que el gobierno habia hecho ya salir, retrocedieron muchos de ellos á refugiarse y esconderse en el palacio de la embajada. Creyendo después que habia en Roma un levantamiento popular en favor suyo, salieron los mismos escondidos gritando furiosamente libertad, los unos desde los balcones de palacio, los otros por las calles, capitaneados por el abate Piranesi, que habia trocado el traje clerical por el uniforme de cónsul de Suecia en Ancona. Los dragones del papa hicieron

fuego contra los anconitados de los arcos y del zaguan de la casa del embajador, mataron algunos é hirieron muchos más. Al estruendo de la descarga se asomó Bonaparte, vió la tropa formada frente del palacio, y él agitando el sombrero y con cuantas señales podia, y Duphot desde abajo dirigiéndose á los dragones con espada en mano, ambos los intimaban que se retirasen. Ellos continuaron el fuego, y Duphot cayó atravesado de dos ó tres balazos. El embajador se salvó milagrosamente. Las demas tropas pontificias que ocupaban otros puestos, tiraban sin saber á quién, acaso solo por aturdimiento, pero hicieron víctimas inocentes, achaque comun en lances tales.

Tan pronto como el ministro de España en Roma, don José Nicolás de Azara, tuvo noticia del alboroto, tomó apresuradamente su carruaje, y entrada ya la noche, corriendo mil peligros él y sus postillones, y haciendo rodeos, logró llegar al Vaticano con objeto de ofrecer sus servicios á Su Santidad. El palacio estaba rodeado de tropa y defendido por la guardia suiza. En las habitaciones encontró los cuatro cardenales ministros en completa inaccion, y sin saber siquiera lo que pasaba fuera del aposento (1). Les ad-

(1) Las noticias que damos de este acontecimiento las tomamos de la relacion que de él escribió el mismo Azara, que como testigo presencial, y mediador que fué entre unos y otros durante el curso de estos sucesos, estuvo en mejor aptitud que nadie para referirlos, como lo hizo, con exacta y minuciosa puntualidad. Se vé en su relacion el conocimiento que tuvo de sus pormenores. En ella cita nominalmente las personas que movieron principalmente la insurreccion y hace el retrato de algunas. Inculpa á ciertas cor-

virtió de la situación en que se hallaba el embajador francés y de las consecuencias que podrian seguirse si no se obraba con actividad, y pasó, no sin correr nuevos riesgos, al palacio Corsini, cuyos arcos, zaguán y escalera encontró salpicados de sangre, los cadáveres todavía por allí tendidos, el embajador y su familia consternados, la jóven Desirée ⁽¹⁾ trastornada, el ministro de Toscana acompañando ya á Bonaparte, y éste resuelto á partir aquella misma noche, para lo cual tenia ya escrito al ministro de Estado pidiéndole pasaportes y caballos de posta. Tanto el ministro español como el toscano (el caballero Angiolini) procuraron templarle y persuadirle de la inconveniencia de tan precipitada resolución, por lo menos hasta que recibiera instrucciones del Directorio. Azara añadió que estaba cierto de que ni el papa ni sus ministros responsables habian tenido culpa, ni siquiera conocimiento de la muerte de Duphot y de los demas atentados, y tomó sobre sí la seguridad del compromiso de que el pontífice y su gobierno darian á la Francia la satisfacción que correspondiese.

Aquietóse con esto un tanto el embajador francés, y rasgó la carta en que pedia los caballos de posta.

poraciones de haberla fomentado ó preparado; censura de débil y apático al gobierno pontificio, y hace de él otras calificaciones mas fuertes, con el desenfado y en conformidad á las ideas que siempre manifestó este agente diplomático español. En cuanto á

los hechos, le tenemos por exacto y verídico, y su relacion está conforme con otras que hemos visto de escritores italianos y franceses.

(1) La que después fué reina de Suecia.

Azara se volvió al Vaticano con Angiolini. Ambos instruyeron de todo al ministro de Estado cardenal Doria, el cual, así como el papa, á quien se despertó para informarle de lo que ocurría, se prestaron á dar cuantas satisfacciones se creyesen necesarias y les fuesen pedidas. Mas cuando Azara se habia puesto á dictar, por encargo de Pio VI., los despachos correspondientes para el embajador de la Santa Sede en París en el indicado sentido, llegaron uno en pos de otro dos avisos de Bonaparte manifestando que habia vuelto irrevocablemente á su resolución de partir aquella misma noche, dejando recomendados al embajador español el palacio de la legación francesa, los negocios pendientes, sus criados y efectos, los franceses residentes en Roma, y hasta el cadáver del general Duphot. Y en efecto aquella misma noche salió camino de Toscana. El buen Pio VI. queria que aun se hiciera un esfuerzo para alcanzarle y detenerle, pero todo era ya inútil, y así se lo demostró Azara.

Era de suponer la sensación que causaria en París la noticia del insulto y atentado cometido en Roma contra la persona y el palacio de la embajada de la república, abultada y desfigurada como llegan siempre estas noticias en los primeros momentos. De contado el embajador pontificio Massiri fué arrestado y ocupados sus papeles. Los demócratas exaltados, los directores y ministros, entre los cuales los habia declarados enemigos del gobierno romano, proclamaron el

castigo severo de Roma, y así lo sancionó un decreto del Directorio. Dióse al general Berthier la misión de ejecutarle. Su ejército de Italia pedía á gritos marchar contra Roma, y los patriotas de la república Cisalpina no ansiaban sino el momento de derribar la autoridad y el gobierno pontificio. El 10 de febrero (1798) llegó el terrible Berthier con su ejército á la vista de la capital del mundo cristiano.

Berthier tenía antiguas relaciones de amistad con el ministro español Azara ⁽¹⁾; y como éste le hubiese escrito desde Tívoli donde se había retirado, recomendándole que hiciese respetar á sus tropas el barrio de Roma nombrado *la Plaza de España*, fué llamado por él al cuartel general para concertar algunas providencias relativas al objeto de su expedición. Azara acudió al llamamiento después de algunas vacilaciones ⁽²⁾. Informó á Berthier de la verdad de los hechos;

(1) Había estado también en Madrid como negociador en el asunto de las compensaciones al infante duque de Parma.

(2) Hé aquí cómo pinta el mismo Azara su situación, y los pasos que se vio obligado á dar.

«Este convite, dice, me puso en gran perplejidad, porque el aceptarlo ó rehusarlo me era igualmente embarazoso en mis circunstancias. Adelantarme á recibir un general que venía amenazando una ciudad, era lo mismo que hacerme cómplice en su esterminio, y el negarme á salir me comprometía con mi aliado, y me privaba de la proporción de poder disminuir los males con mi

mediación. Veía destruido mi propósito de abstenerme de toda negociación, en lo que consistía mi quietud y felicidad, y me esponía á la censura de mis émulos, á las intrigas de Nápoles, y á los sucesos pasados. Todo bien considerado, me resolví á salir al encuentro de Berthier, para interceder con él á favor de Roma como simple particular, y sin hacer poco ni mucho uso de mi carácter de ministro. Esta reserva me era tanto más necesaria, cuanto que desde que sucedió la muerte de Duphot había la reina de Nápoles enviado á Roma á Belmonte con el carácter de embajador extraordinario..... etc.»

le aseguró que la muerte de Duphot y el insulto hecho al palacio de la embajada había sido una imprudencia de la tropa, en que ni el gobierno ni los habitantes de Roma habían tenido parte alguna; que las intenciones del papa eran enteramente pacíficas, y aceptaría las condiciones y la satisfacción que el Directorio le exigiese. En su virtud autorizó el general francés á Azara para que dijese al pontífice que la intención del Directorio era solamente castigar á los culpados en la muerte de Duphot, imponer una contribución moderada para gratificar al ejército á quien se debían cinco meses de pagas, y cumplido esto, respetar la autoridad pontificia, la religión, el culto, las personas y las propiedades de los habitantes de Roma. Azara desempeñó su comisión; el papa no mostró repugnancia á ninguna de las condiciones, porque su situación no le permitía otra cosa; el ministro español volvió al cuartel general, y convenido todo, hizo su entrada el ejército francés en la ciudad, al parecer pacífica y amistosamente, pues hasta las guardias y patrullas se componían por mitad de soldados franceses y romanos.

Poco duró esta aparente armonía y moderación. Al día siguiente se exigió á nombre del Directorio un aumento en la contribución, una requisa de caballos

Y prosigue contando minuciosamente la entrevista, conferencias y resultados, de que damos compendiosa noticia en el texto. Esta relación ha sido publica-

da en 1847, con el título de *Memorias originales*, por su sobrino don Agustín de Azara, marqués de Nibbiano.

para la remonta del ejército, el castigo de los asesinos de Duphot, que se erigiera una pirámide con una inscripción que recordara el suceso y la venganza, y que una embajada solemne fuera enviada á París á pedir públicamente perdon del atentado. Odiosas como eran estas condiciones, se puso al papa y al ministro Doria en la dura necesidad de aceptarlas y firmarlas, y al pueblo entero en la de recibirlas con aparente y forzada resignacion. Mas no paró en esto. Era menester destruir el poder pontificio, y destruirle por medio de un simulacro de revolucion que se sabia estar preparado, apareciendo así que lo hacia el mismo pueblo de Roma.

En efecto al dia siguiente, aniversario de la coronacion de Pio VI, unos cuantos conjurados, gente despreciable, pero conducidos por unos pocos ambiciosos de algun valer, se reunieron en el antiguo Foro romano, hoy Campo Vaccino. El ejército francés formó allí en batalla con gran aparato de artilleria. Era la hora en que los cardenales y prelados concurrían á la Iglesia de San Pedro. Un hombre que llevaba al hombro un madero le plantó en tierra, llamándole *el árbol de la libertad*. El abogado Riganti de pié sobre una mesa gritó: «Pueblo romano, ¿quieres sacudir el yugo que te oprime y recobrar tu antigua libertad y forma de gobierno?—Queremos ser libres, respondían los conjurados.—¿Quereis, prosiguió el orador, restablecer vuestros antiguos cónsules romanos?—Queremos;» respondi-

ron. Y se procedió inmediatamente al nombramiento de cinco cónsules y á la creacion de dos Consejos á imitacion de los de Francia. Una muchedumbre inmensa, esa muchedumbre dispuesta siempre á aplaudir toda novedad ruidosa, gritaba: *¡Libertad! ¡viva la república romana! ¡vivan los franceses!* Este clamoróo llegó á oídos de los cardenales en ocasion que cantaban el *Te Deum* por la exaltacion del papa, y fué tal su consternacion que cada uno se escapó y escondió donde pudo. Berthier fué llamado por el nuevo gobierno romano, que le esperaba en la plaza del Capitolio, y le recibió con aclamaciones, y le puso en la cabeza una corona de encina. Otro general pasó al Vaticano á notificar al papa que el pueblo, en uso de su derecho, le habia despojado de la soberanía y constituídose en república. En pos de él entró el famoso Haller, administrador general de las contribuciones de Italia, con su séquito de comisarios, secuestrando cuantos muebles, alhajas y enseres habia en las habitaciones del palacio pontificio (1). El ministro de España envió inmediatamente su secretario á ofrecer al pontífice cuanto pudiera necesitar, mientras los generales y oficiales franceses se alojaban en las principales casas de Roma, y se regalaban en ellas, y tomaban los carruages

(1) Hasta el breviario y la caja del tabaco, que no valia un zequin, dice Azara, le fueron quitados al papa; y un canastillo de bizcochos que habia sobre la mesa tuvo la misma suerte; «de modo, añade, que Su Santidad en un instante quedó despojado de cuanto poseia, á escepcion del solo vestido que tenia á cuestras, pero sin arbitrio para mudarse de camisa.»